

El dueño literario del siglo XIX

César Leante

Cuando Víctor Hugo muere en 1885, Leconte de Lisle lanza un suspiro de alivio: «Por fin se ha desembarazado el horizonte»*. Hacía ochenta y tres años que venía ocupándolo; mas se engañaba su sustituto en la Academia Francesa: no lo despejaría con su muerte. Años más tarde, al preguntársele a André Gide quién, a su juicio, había sido el más grande poeta francés del siglo XX, éste responde con un lamento: «Víctor Hugo, ¡ay!»**. En un siglo que produjo los más altos nombres de la poesía francesa –Lamartine, Vigny, Musset, Baudelaire–, Hugo es la cima. Todo lo abarca este «elocuente furioso»: la poesía, el drama, la novela, el ensayo literario, el discurso político. Y en todos los géneros su caudalosa voz reduce a murmullos los sonidos articulados de sus contemporáneos. «Sólo Víctor Hugo habla; el resto de los hombres balbucea», dirá alguna vez Jules Renard. El elogio es desmesurado, por supuesto; pero da la medida de la grandeza de Víctor Hugo. No hay obra comparable a la suya, ni en extensión ni en profundidad en todo el siglo XIX. Balzac podrá aventajarlo como novelista, Saint-Beuve en el ensayo, Dumas parangonársele en el drama histórico, Baudelaire ser su más fuerte rival poético; pero como una totalidad, la obra de Víctor Hugo alcanza una dimensión que no posee la de ninguno de ellos. Para decirlo en pocas palabras: Hugo es el genio; quienes lo rodearon, hombres de talento.

Chateaubriand o nada

Víctor Hugo nace casi con el siglo que fue suyo, el 26 de febrero de 1802. Su padre fue un destacado general del Imperio, amigo casi íntimo

* En un artículo publicado en ABC Cultural, «Víctor Hugo, dos siglos», (9-2-2002), Carlos Pujol también constata esta exclamación de Zola: «Yo creía que nos iba a enterrar a todos».

** Igualmente es de Pujol esta apreciación de Baudelaire: «Todo él es superlativo, el milagro repetido incesantemente».

De nuestra parte (C.L.) podemos añadir la admiración irrestricta de Rubén Darío: «El más grande poeta francés del siglo 19», («Leconte de Lisle», Los raros, Mundo Latino, Madrid, 1920).

Cabría señalar asimismo que a lo largo de este espléndido artículo de Los raros la reverencia ante Víctor Hugo es constante por parte de ese otro grande que fue Darío.

de José Bonaparte. Su madre provenía de una familia burguesa de armadores de Nantes. En oposición a su marido, simpatizaba con la monarquía y era paradójicamente de ideas volterianas. Víctor Hugo es prácticamente un niño prodigio. Su padre lo describe así: «formal, muy reflexivo, poco hablador». Lee inmensamente de adolescente y años después Saint-Beuve dirá de él que «todo lo sabía, todo lo recordaba». En el granero de la calle del Dragón, en el *faubourg* Saint-Germain, donde vive pobremente después de haber conocido una infancia opulenta, llena todos los años un cuaderno de versos que invariablemente rompe al comenzar el siguiente. Es ya el infatigable trabajador que será el resto de su vida. Decidida su vocación, el joven Víctor Hugo la asume plenamente: «Quiero ser Chateaubriand o nada», anota en su cuaderno a los catorce años. A esa edad escribe su primer drama, *Irtameno*; a los dieciséis obtiene una mención de poesía en los Juegos Florales de Tolosa, a los diecinueve funda una revista, *El conservador literario*. Como se lo ha propuesto, está tras los pasos de Chateaubriand.

Pero en realidad irá mucho más lejos que el escritor que se ha dado por modelo; pues si bien el autor de *El genio del cristianismo* es la punta de lanza del romanticismo en Francia, Víctor Hugo es la lanza completa. Y la clava hasta el fondo en el corazón del clasicismo al publicar, en 1827, teniendo tan sólo veinticinco años, el famoso prólogo a su drama *Cromwell*, donde casi de manera desembozada proclama que «el romanticismo es el liberalismo de la literatura». Si Chateaubriand «ha restaurado la catedral gótica, abierto la gran Naturaleza cerrada e inventado la melancolía moderna», Víctor Hugo instala al hombre en el centro de la creación. Pues qué es la combinación de «lo sublime y lo grotesco, que se encuentran en el drama como se encuentran en la vida y en la creación», sino humanizar el arte, bajarlo de las alturas en que quisieron mantenerlo los salones franceses del XVIII, para exquisita distracción de sus aristócratas cultivadores, y hacerlo participar en los problemas del hombre y en la vida de cada día?

Hernani: *el triunfo del romanticismo*

El prólogo a *Cromwell* fue la declaración de principios del movimiento romántico; *Hernani*, será para utilizar una comparación cara a esta época sobre la cual vuelve a proyectarse la sombra del emperador, su Austerlitz. El estreno reviste todas las características de una verdadera batalla campal en la que los puños, el escándalo y las ovaciones son las armas. Pero el drama romántico sale triunfante. Mal que le pese, la severa Comedia Fran-

cesa se ve obligada a admitir un lenguaje no oído hasta entonces. Si el lenguaje corriente estaba proscrito de su escenario, si las expresiones sencillas debían ser sustituidas por términos «nobles», el drama de Hugo le impone las formas del hablar cotidiano, las locuciones comunes. El pasaje: «Est-il minuit?» «Minuit bientôt» enciende la cólera de los adoradores de Corneille y Racine. La escena se «vulgarizaba». Mas, a partir de *Hernani* los jóvenes «melenudos y barbones, republicanos y desaliñados» reinan en los predios artísticos y Víctor Hugo es su jefe, acatado unánimemente.

Ninguna escuela literaria brota por generación espontánea ni por deseo expreso de sus fundadores: todas responden a un marco histórico al que están inextricablemente ligadas. Así, si el romanticismo puede afirmarse en Francia hacia 1830 es porque soplan vientos de fronda para la Restauración; las pelucas borbónicas son echadas a volar y en el gobierno se instaura la monarquía constitucional de Luis Felipe de Orléans. Aunque tambaleantes todavía, las ideas liberales y el republicanismo dan sus primeros pasos. Víctor Hugo marcha con el rumbo de los tiempos. A los veintidós años, con sus *Odas* (entre ellas una a la coronación de Carlos X), se le puede considerar «el poeta de la dinastía»; lleva una vida burguesa, es monárquico en política y católico en religión. Tan sólo tres años después se inicia en él un viraje que, al consumarse plenamente, lo situará en las antípodas de sus convicciones juveniles. De defensor de la monarquía se convertirá en ferviente republicano y hacia el final de su vida en propugnador de la democracia, y su catolicismo se irá transformando en una concepción mística de la vida, en un sentido panteísta de la naturaleza.

La misma renovación —aunque no tan estruendosa— que ocasiona en el teatro con sus dramas, la produce en la novela. Cuando en 1823 publica *Han de Islandia*, Alfredo de Vigny le escribe: «Ha puesto usted en Francia los cimientos de Walter Scott». Es decir, la novela histórica ha hecho su aparición. Ocho años más tarde da a la imprenta *Nuestra Señora de París* y de haberle escrito una nueva carta, de Vigny no habría tenido más remedio que reconocer que ahora había construido el edificio. Una ciudad, París en el siglo XIII, y una catedral, Notre Dame, y el pueblo que discurre por sus calles y acude al llamado de sus campanas, devienen protagonistas de una acción novelesca. Pero no se trata pura y simplemente de la reconstrucción fidedigna de una época. Menguado sería el valor de Víctor Hugo si éste fuera su único mérito. Él buscó más, mucho más: «Quiero ser el escritor de los grandes temas sociales», dijo alguna vez, y esta ambiciosa aspiración nos da la clave de su obra novelesca (y tal vez de toda su creación en general). Al evocar el pasado, Hugo intentó no sólo reconstruir un momento de la historia de la humanidad, sino poner al hombre —y al hom-

bre colectivo, multitudinario, al pueblo en términos actuales— en primerísimo plano del tablado histórico, como actor y hacedor a la vez de su propio destino, y mostrar la Historia como un proceso en perpetuo desenvolvimiento en el que todos los acontecimientos están soldados. El presente es hijo del pasado y padre del futuro. La Historia es una sola. Esto, en otras palabras, es darle tradición a un pueblo y a la nación que la ha creado. Y obsérvese que Hugo elige señaladamente aquellos momentos que son culminantes en la vida de un país: la revolución inglesa en *Cromwell*, la francesa en *El 93*, la haitiana en *Bug-Jargal*, las barricadas de 1830 en *Los miserables*. «Las revoluciones las hacen los gigantes y las escriben las hormigas», dijo también; pero, ciertamente, el inmenso fresco histórico que nos legó no es en modo alguno obra de hormiga.

El gran proscrito

Era inevitable que un hombre tan fundamentalmente preocupado por los acontecimientos sociales se sintiera urgido a tomar parte en la vida pública de su país. Esto ocurre en 1849, al ser derrocada la monarquía constitucional y advenir la segunda república. Víctor Hugo es elegido diputado a la Asamblea Legislativa y el discurso que pronuncia sobre la miseria promueve un escándalo entre las filas de su propio partido, el conservador. No es que se haya convertido en un político de ideas radicales, sino que simplemente quiere hacer buenos desde el gobierno sus deseos de «ser el abogado de los pobres», como alguna vez se ha llamado a sí mismo. Esta alineación junto a las clases humildes lo lleva a apoyar la candidatura de Luis Napoleón para la presidencia de la República por considerarlo el candidato más cercano a sus ideales. Pero cuando se da cuenta de que no es más que un vulgar demagogo, lo combate con toda tenacidad. Personalmente toma parte en la resistencia al golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, y cuando éste se consuma abandona clandestinamente el país. Durante dieciocho años vive como exiliado político en las islas anglonormandas de Jersey y de Guernesey, rechazando cuantos ofrecimientos de amnistía le hace Napoleón III y no cesando de combatirlo lo ridiculiza en *Napoleón el pequeño*, lo apostrofa en *Los castigos*. A los ojos del mundo es el gran proscrito, el símbolo de la libertad desterrada. Y en este tiempo sus ideas sociales se profundizan, se amplía enormemente su comprensión de los problemas de la humanidad, su amor por ésta y su fe incommovible en el progreso. No hay movimiento en pro de la libertad o de la emancipación del hombre —no importa el lugar del planeta donde se produzca— que no

registre y secunde en estos años. «Hay algo más espantoso que Caín matando a Abel: Washington matando a Espartaco», advierte a los Estados Unidos cuando esta nación se dispone a ejecutar a John Brown por haber sublevado a los esclavos negros. «Tenéis razón al creerme con vosotros –les dice a los mexicanos al desembarcar las tropas de Napoleón III en su territorio–. No es Francia quien os hace la guerra, es el Imperio... Combatid, luchad, sed terribles; y si creéis que mi nombre sirve para algo, utilizadlo». «En este conflicto entre Cuba y España –escribe, a propósito de la primera guerra de independencia cubana (1868-1878)–, la insurgente es España [...]. Yo no miro dónde está la fuerza; miro dónde está la justicia [...]. Descubrir una isla no da derecho a martirizarla; no hay que partir de Cristóbal Colón para llegar a Concha [...]. Cuba no pertenece más que a Cuba».

El «comunero» Hugo

La guerra franco-prusiana de 1870 hace caer a Luis Napoleón y Víctor Hugo, que en 1859 había declarado: «Cuando la libertad retorne, yo retornaré», vuelve a Francia. Elegido diputado por París a la Asamblea Nacional –más de doscientos mil de sus conciudadanos votan por él– lucha por impedir que se acepte el tratado de paz que Alemania quiere imponer y que pondría en sus manos la Alsacia y la Lorena, territorios tradicionalmente franceses; pero al ver que todos sus esfuerzos son baldíos, presenta su dimisión. No aprueba del todo la Comuna de París, pero cuando ésta es aplastada por los ejércitos de Versalles y los comuneros asesinados en masa, la casa del poeta en Bruselas se convierte en albergue de los perseguidos, lo que le vale el odio de la reacción francesa y que el gobierno de Bélgica decreta su expulsión del país. Volverá a ser miembro del parlamento francés y desde allí seguirá batallando por la amnistía para los partidarios de la Comuna y por la abolición de la pena de muerte. En ningún momento ha dejado de ser fiel a la conducta que se trazó en 1848.

Los miserables

Si nos hemos detenido en esta faceta de la vida de Víctor Hugo es porque guarda estrecha relación con su obra. Su participación directa en las cuestiones sociales dio a su creación artística una medida que de otro modo no tendría. A pesar de la vastedad de su obra, Hugo no es estrictamente un literato. Es más bien un pensador, como él gustaba, y con